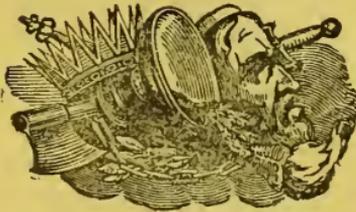


EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LOS PECADOS DE LOS PADRES,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID. 27

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1860.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Liricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil:—
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Ahogarse á la orilla.
Alarcon.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.
Afectivos y modernos.
Aqui está un moso é verdá.
Abnegacion y nobelza.
Amores perdidos.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Bienes mal adquiridos
Ballasar.
Barómetro conyugal.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catlina.
Carlos IX y los Hngonotes.
Culpa y castigo.
Córte y cortijo.
Caza mayor.
Carnioli.
Cuatro agravios y ninguno.
Camino del matrimonio.
Duque de Viseo,
Dos sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
D. Primo Segundo y Quinto.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diego Corrientes, segunda parte
Diana de San Roman.
D. Tomás.
D. Pedro I de Castilla.
Dos mirlos blancos.
El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El Hipócrita.
El Cura de aldea.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
Entre dos amigos...
El padre de los pobres.

El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero fendal.
¡Es un ángel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey Garcia
El alan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpu-
jarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor y el interés.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes
El ciego.
El último vals de Weber.
El traspaso.
Escenas nocturnas.
El laberinto.
El gitano aventurero.
El solteron.
El vértigo de Rosa.
Echar por el atajo.
El reloj de San Plácido.
El elavo de los maridos.
El bello ideal.
El hongo y el miriñaque
El rey de bastos.
El protegido de las nubes.
¡Es una malva!
En Ceuta y en Marruecos.
El movimiento continuo.
El marqués y el marquesito.
El portero es el culpable.
Flores y perlas.
Furor parlamentario.
Faitas juveniles.
¡Flor de un diall
Flor marchita.
Funesta casualidad.
Francisco Pizarro.
Grazalema.
Gaspar, Melchor y Bafrasar, ó el
ahijado de todo el mundo.
Glorias de España, ó conquista
de Lorca.
Glorias mundanas.

Historia china.
Hacer cuenta sin la hu
Herencia de lagrimas.
Honrado y criminal á u
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
José Maria.
La Luna de Hiel.
La union en Africa.
Los Amantes de ChIn
Lo mejor de los dados
Los dos sargentos es
la luída vivandera.
Los dos inseparables
La pesadilla de un ca
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huespedes.
Los extasis.
La posdata de una car
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadrife
Los patriotas.
Los Amantes de Terne
La verdad en el Espej
La Banda de la Conde
La Esposa de Sancho
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluv
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madri
La Madre de San Fern
Las Flores de Don Jua
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Floren
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amig
La escuela de los perd
La bondad sin la expe
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan Solda
Las orejillas del Rey
La oracion de la tarde
La llave de oro
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Car
La cruz en la sepultura
La ninfa Iris.
La dicha en el bien aje
Los tres amores.
La mujer del pueblo.
Las carcajadas.
Las bodas de Camacho
La Cruz del misterio.
La pluma y la espada.

LOS PECADOS DE LOS PADRES,

DRAMA DE COSTUMBES

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON JUAN DE ALBA.

Estrenado con extraordinario aplauso en el teatro de la Princesa
de Valencia, la noche del 12 de marzo de 1860.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1860.

Á MIS AMADOS HIJOS

DOÑA EDUARDA DE ALBA

Y Á SU ESPOSO

DON JOSÉ CARBONELL.

ADMITID la dedicacion que os hago de este drama que he escrito por vosotros y para vosotros.

Os he visto navegar sin rumbo fijo por este inmenso océano de la vida, y observando vuestros nobles instintos, he podido comprender que lanzados á las borrascas mundanales, sin veneno en el corazon, podiais ser fácilmente arrebatados por las impetuosas olas de la intriga y de la envidia. Al escribir este drama he querido hablar á vuestra inteligencia, ilustrarla con ejemplos y consejos. Dichoso yo si fijándoos en la índole de la obra que os dedico, puedo evitar que seais juguete de las mezquinas pasiones de los que intentarán monopolizaros y desuniros. Dios puso en vuestros corazones la fecunda semilla de la virtud; él os abre un rico porvenir de gloria y de fortuna, y vuestro padre al señalaros la senda por donde el Criador os llama, puede contribuir á vuestra felicidad. Si mañana, lo que no espero, os apartarais del buen camino, ni podriais quejaros de Dios que os presentó la

ventura, ni de vuestro padre que os mostró el abismo para que no os precipitarais en él.

Aceptad, pues, esta dedicatoria, y cuando mañana vuestros hijos puedan empezar á comprender, leedlos esta obra, si no para ilustrarlos, al menos para ir formando sus corazones é iluminando su inteligencia : de este modo disfrutareis la paz del hogar doméstico, y con la de Dios la bendición de vuestro padre

Juan de Alba.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada EL TEATRO, y con arreglo á la ley de propiedad literaria nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los países con que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.

Los comisionados de la misma galeria son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

PERSONAJES.

ACTORES.

EMILIA	DOÑA FRANCISCA PASTOR.
ADELA	DOÑA ANGELA BURGOS.
JULIA.....	DOÑA CONSTANTINA MAR - TINEZ.
BEATRIZ.....	DOÑA MARIA ALVAREZ.
D. JUAN.....	D. JUAN DE ALBA.
D. LUIS.....	D. VICENTE BURGOS.
EL BARON.....	D. GENARO PAREJA.
EL VIZCONDE	D. MANUEL MARTINEZ.
D. CÁRLOS.....	D. JOSÉ FARRO (1).
ALFREDO.....	D. ASENSIO MORA.
PEDRO.....	D. J. REDONDO.

Señoras y señores de acompañamiento.

La escena pasa en una casa de campo de Villaviciosa el primer acto, el segundo en la Granja y el tercero en Madrid.

(1) Por un obsequio al autor.

ACTO PRIMERO.

La escena representa un jardín.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ y PEDRO á poco rato.

BEAT. (Dirigiéndose al pabellon de la izquierda.)

Ea, arriba, perezoso.
¿De los pájaros el cántico
no te dice que la aurora
está extendiendo su manto?
No te olvides que el abuelo
debe haberse levantado,
y si te encuentra durmiendo...

PED. (Saliendo.)

¡Eh! no me apure usted tanto;
lo menos un cuarto de hora
hace que me he levantado;
porque temo mas al viejo
que á un escuadron de cosacos.

BEAT. El viejo es bueno, ¿oye usted?

PED. ¡Es bueno para... Me callo!

BEAT. Para mí querrá decir...

¿no es esto? Dígalo claro.
¿Tendremos algun trapillo
al cabo de nuestros años?

- PED. Ó pueden haber tenido.
- BEAT. No sea usted temerario.
- PED. Yo no sé; pero en la casa
ejerce usted tanto mando...
que ya, ya...
- BEAT. Porque he servido
en ella treinta y dos años...
porque he sido siempre fiel...
porque gran parte he tomado
en las desdichas que ha habido...
porque ese bendito anciano,
conociendo mi cariño
para él, desinteresado,
me contó todas sus penas
y sus inmensos quebrantos...
- PED. ¿Y por qué usted no me cuenta
de esas historiejitas algo?
Soy tan curioso...
- BEAT. Paciencia.
Yo jamás he delatado
á nadie, ni digo cosas
que me confían.
- PED. Muy santo
ese proceder será;
pero yo repruebo cuanto...
- BEAT. ¡Basta... vaya usted á su empleo!
¡Qué jardín mas descuidado
seria este si yo
y don Juan no le cuidaramos!
Aquí se acerca...
- PED. Me alejo.
Aunque ustedes son ancianos,
yo creo que...
- BEAT. ¡Mala lengua,
voy á decírselo al amo!
- PED. Como no lo diga al viejo,
maldito si me acobardo.
- BEAT. Y al amo no teme...
- PED. No,
es muy débil, muy... me marchó.

ESCENA II.

D. JUAN, saliendo del pabellon de la derecha.

Hermosa está la mañana:
bello es ver con su arrebol
salir el naciente sol
entre nubes de oro y grana.
Saltando los corderillos
van del monte por la falda,
y en su cumbre de esmeralda
cantan tiernos jilguerillos.
Toda la naturaleza
está en tan temprana aurora
ostentando seductora
su tesoro de grandeza.

ESCENA III.

BEATRIZ, D. JUAN.

- BEAT. Muy buenos dias, señor.
¿Se ha pasado buena noche?
- JUAN. ¡De todo ha habido, Beatriz!
¡Aquel á quien no devore,
como á mí, el remordimiento...
duerme siempre sin temores!
- BEAT. ¡Remordimientos aun!...
- JUAN. ¡Remordimientos atroces!
Pues qué, ¿puede acaso el tiempo
hacer al fin que se borren
los recuerdos que envenenan
el corazon de los hombres?
Tú viviste en nuestra casa,
los años pasan veloces;
pero mas de treinta y dos
serviste á mi esposa indócil,
y sabes cuánto ha pasado...
- BEAT. Pero usted, señor, fué noble
con su esposa mucho tiempo,
y aun cuando estuvo conformé

en separarse...

JUAN.

No sigas.

¡Si ella traidora olvidóse
de lo que el honor prescribe,
yo debí matarle entonces!
¡Pero jamás consentir
que se llevase á los pobres
hijos, que tanto adoraba!...
¡Dos niños como dos soles...
dos niños que eran mi encanto!
Todas mis aspiraciones
eran por ellos no mas...
Las entrañas se me rompen
al recordar sus caricias...
Marcháronse, y desde entonces
se fueron mis alegrías:
gracias á Dios mi hija, jóven
y hermosa, quedó á mi lado
siendo mi faro y mi norte.
Cumplió quince años, y pronto
llegó á pedírmela un hombre
de honradez y posicion.
Pero, Beatriz, ¿qué dolores
no he tenido que sufrir
hasta enlazarse ambos cónyuges?
Yo sabia que mi hija
era pura, honrada y noble;
pero esa ruin sociedad
las mas delicadas flores
se goza en ajar inmundo,
anhelando que se tronchen.
Al prometido de mi hija
decian los impostores:
«La madre de tu adorada
»fué impura, no te deshonres;
»que indigna es tu prometida
»de un enlace honroso y noble.»
¡Y estas injurias á mi hija
y á mí llegaban veloces;
á los dos, que poseiamos
dos honrados corazones!
Acudí á la religion;

Dios me dió fuerzas, y entonces,
despues de mil sufrimientos,
en el templo un sacerdote
de mis dos hijos al fin
santificó los amores.

Y al mirar que cual los ángeles
se llevan ambos consortes,
que tienen hijos y en ellos
se estan mirando, quien goce
mas que yo no hay en el muudo:
lágrimas de placer corren
por mis mejillas... y temo
que la emocion me trastorne.

BEAT. Pues bueno; si quiso el cielo
calmar vuestras aflicciones,
¿á qué recordar de nuevo
errores pasados?...

JUAN. Óyeme.

Pude salvar á mi hija,
pero ¿y mi Julio? ¿y mi Onofre?
Dejé que se los llevara
mi esposa intiel, ¡ay! ¿adónde
estareis, hijos del alma?
Acaso ya de Dios gocen.

BEAT. Señor, ya se han levantado
vuestros hijos, que no noten...

JUAN. Ah, si, si; tienes razon.

De espinas y de dolores
sembrar no debo el camino
de tan venturosos cónyuges.
Al amor y á la virtud,
alfombra de frescas flores
debo de tender mi mano.
Pasad, bendecidos jóvenes,
y asi la mano potente
del que formó y guia el orbe,
con flores del paraiso
hoy vuestras sienas corone.

ESCENA IV.

DICHOS y LUIS, corriendo tras de EMILIA.

LUIS. Si al cabo te he de pillar.

EMIL. Que si quieres...

LUIS. Torbellino...

das mas vueltas que un molino,

pero al fin te he de atrapar.

Píllame...

EMIL.

LUIS.

Voy...

JUAN.

Señoritos...

EMIL. y LUIS. ¡El papá! Muy buenos días.

EMIL. Si yo creí que aun dormías...

Vaya, abraza á tus hijitos...

JUAN. Con mucho gusto me obligo

á abrazaros...

LUIS.

De rodillas.

JUAN.

Hora, criaturas sencillas,
que ya os abracé, os bendigo.

¡Que la paz de Dios sin tasa

la felicidad os dé,

y nunca salga la fé

por las puertas de esta casa!

¡Que aquel que en Jerusalem

sufrió de mártir la palma,

del pecado os salve el alma

cuando llegue el plazo!

LUIS.

¡Amen!

EMIL.

¿Qué tal la noche?

JUAN.

Muy buena.

¿Y vosotros?

LUIS.

Regular.

EMIL.

¡No ha cesado de roncar,

y á mí me daba una pena!...

JUAN.

¿Que roncara te apuraba?

Pues señal que bien dormía.

LUIS.

Es que ella lo mismo hacia.

EMIL.

¡Embustero!

LUIS.

Si, roncaba.

JUAN.

¿Á que armareis tremolina

- sobre asunto tan trivial?
Y á reñir vamos...
- EMIL.
LUIS. Si tal.
¡Ay, ven aquí, golondrina!
Tan enojado me tienes,
tan fiero, tan aburrido,
que dar pienso un estallido
si es que á abrazarme no vienes.
- EMIL. ¡Quita allá, que no te escucho!
Me tienes tan aburrída,
que voy á perder la vida
como no me abracés mucho.
- JUAN. Y tan fiero mi enojo es
por la desazon que os cupo,
que voy á formar un grupo
abrazándonos los tres...
Esta es la felicidad,
querido Luis, hija Emilia...
Dios bendice á la familia
que vive con santidad...
- LUIS. Si, padre, yo soy feliz
cuanto puede serlo un hombre;
pero hay algo, no os asombre,
que hoy abate mi cerviz.
- JUAN. ¡Luis... hijo... me has alarmado!
¡Tú abatir tu faz! ¿Por qué?
¿qué te falta?... Dime, ¿qué?...
¿Por qué te quedas parado?...
Ábreme tu corazon...
¡Aunque hacerlo no te cuadre
te está escuchando tu padre
con singular atencion!
¡Si el génio del mal está
acechándote iracundo,
de los engaños del mundo
tu padre te salvará!
- LUIS. Pues lo quereis hablaré:
voy á hacerlo en este instante:
¡siento la mente fluctuante...
pero, en fin, me explicaré!
Hace seis años y un mes
que á mi esposa fiel unido

siempre venturoso he sido...
Sabes tú cuán cierto es.
En mi renta descansando
y en tu celestial pasion,
viví sin ocupacion
continuamente gozando.
Pero aunque treinta cumplí
muy poco mundo he corrido,
pues casi nunca he salido
del hogar donde nací.
Mi padre, que honor por norte
tuvo siempre, muy severo
me dijo un día: «No quiero
»que vivas nunca en la córte.»
Aquella prohibicion
enardeció el alma mia;
pero á mi padre debia
respeto y veneracion.
Murió hace un año; y muy luego
corrí á Madrid presuroso,
de placeres deseoso;
audaz, frenético y ciego.
Amigos me circundaron
y sus brazos me tendieron,
y todos me prometieron
lo que ya sé que alcanzaron;
lo que no os puedo decir
porque os quiero con el alma,
y vais á perder la calma
si os lo llevo á referir...
Y no porque sea un mal
lo que tengo conseguido,
sino porque habeis tenido
una obcecacion fatal.
Por fin, yo á mi esposa adoro;
y aunque tengo ejecutoria,
quiero darla un nombre, y gloria,
y erigirla un templo de oro...
Vais á decir que soy rico;
pero un rico puede ser
un cualquiera, un mercader...
¡Hoy para mí el mundo es chico!...

¡Con sonrisa de sarcasmo
no pague usted este afán,
que en mi mente ardiendo estan
los faros del entusiasmo!...

Yo daré gloria á los dos
aunque por rico esto asombre;
la riqueza, hija es del hombre...
el talento, hijo de Dios!

JUAN.

En tu mente edificando
templos de topacio estás;
yo daré un soplo no mas
y los iré derribando.
Fuiste á Madrid, bien lo sé;
y allí hallaste aduladores,
amigos falsos, traidores,
sin Dios, sin amor, sin fé.
Esos mismos que te hacian
juramentos de lealtad,

y para su sociedad
te convidaban, mentian.
Allí pretenden llevarte
para aturdir tus sentidos,
y una vez desvanecidos
arruinar te y deshonorarte.
Esa gloria que ambicionas
y que adquirir imaginas,
no la hallarás, no: ¡de espinas
solo encontrarás coronas!

Y cuando al fin arruinado
la vista á tus hijos vuelvas
y á regresar te resuelvas
al eden abandonado...
¡tus ensueños seductores
al mirarlos destruidos,
aqui buscarás los nidos
de los tiernos ruiseñores!...
Mas como alzarón sus vuelos
los padres á otra region,
al volver á su mansion
ya no hallarán sus hijuelos!
Verás tambien el verjel
solo, triste y abrasado,

sin haber tú conquistado
la corona de laurel.
¡No salgas, pues darte quiso
tan bello eden el eterno!
¡En Madrid está tu infierno!...
¡Aquí está tu paraíso!

EMIL. Padre, respeto y admiro
vuestras muy justas razones;
pero Luis tiene ilusiones,
y á lo que él aspira, aspiro.
Deje usted que un mes probemos
de la córte las dulzuras,
y si hallamos amarguras
á este verjel volveremos

JUAN. ¿Luego estás participando
de las ideas de Luis?
¡Ay! ¡Pobres flores de lis
y cómo os vais marchitando!
¡Ya solo acariciarán
estas manos temblorosa s
á las violetas, las rosas,
al clavel y al tulípan!
¡Idos con vuestros errores
y desvarios prolijos;
pero yo con vuestros hijos
me quedaré, y con mis flores!

EMIL. Nuestros hijos, padre, no;
mis hijos tiernos y bellos,
venga usted, padre, con ellos
y con nosotros.

JUAN. ¿Quién?... ¿Yo?...
¿Dejar yo el santo lugar
donde al despuntar la aurora,
divina luz reductora,
salgo contrito á rezar?
¿Donde gozo y me extasio
contemplando la natura,
y con mística ternura
exclamo: ¡Hosana! Dios mio?
¿Donde tengo la laguna
por mis peces habitada,
y miro el agua plateada

cuando ríela la luna?...
¡Idos vosotros al mar
de la intriga y las pasiones;
á ese océano de ilusiones
donde vais á naufragar!
Yo me quedo aquí con fé
al Eterno suplicando,
para que os vaya salvando...
¡Ay!... ¡No puedo estar de pie!...
¡La emocion, el sentimiento!...
¡Meditad con detencion;
no mateis mi corazon,
que acosa un presentimiento...
pensarlo, y sabed los dos,
aunque escucharlo no os cuadre,
que siempre en la voz de un padre
á sus hijos, habla Dios!

ESCENA V.

EMILIA y LUIS.

- EMIL. Y bien, Luis mio, ¿qué dices?
LUIS. ¡Emilia, que se me parte
el alma viendo la pena
de nuestro querido padre!
No lo puedo remediar;
siempre es débil mi carácter...
Entusiasmado me hallaba
con la idea de marcharme,
y desde que he visto el llanto
que el honrado anciano á mares
derramaba por mi causa...
ya me encuentro fluctuante,
y haré lo que tú me digas;
haré lo que tú me mandés.
- EMIL. Luis mio, tu voluntad
debe siempre respetarse,
pero ese anciano sin duda
es de la paz nuestro arcángel.
Y... no sé lo que te diga;
en verdad mi anhelo es grande

por ver nuevos horizontes,
selvas y bosques y valles.
No he visto nada, no he visto
la inmensidad de los mares...
Tambien quiero en el bullicio
de la córte embriagarme;
deseo ver los saraos,
dar conciertos y dar bailes,
y verte á tí convertido
de la tierra en un magnate.
Ver que todos humillados
te tributan homenaje;
porque si ambiciono yo
salir del mundo al embate,
es por tí, porque te adoro,
porque anhelo contemplarte
entre los que mas figuran
rico, sabio, noble y grande.

LUIS. Y yo, dí, ¿por qué deseo
adquirir gloria y caudales?
¡Porque el trono de un imperio
para tí no creo bastante!
¡Porque al verte tan hermosa
arden mi mente y mi sangre,
y una voz me dice: llévala
adonde la atencion llame,
adonde todos la admiren
y arrodillados la acaten!
Si, por tí tengo ambicion:
entre las mas principales
damas de la córte, quiero
que te contemplen radiante
de hermosura, y por la reina
de la belleza te aclamen.

EMIL. Y bien, lo mismo pensamos;
pero Luis, ¿y nuestro padre?

LUIS. Es verdad. Con sus recuerdos
aqui tal vez enfermase.

EMIL. ¡Y no ver á nuestros hijos!

LUIS. ¡Ese sacrificio es grande!

EMIL. Si desistieramos...

LUIS. Yo...

como no te violentases...

EMIL. ¡Qué bueno eres, Luis mío!

LUIS. ¡Ay! ¡Tú sí que eres un ángel!

ESCENA VI.

DICHOS y dos NIÑOS.

EMIL. Vé cuál corren nuestros hijos
tras de un pajarillo errante.

LUIS. Qué goces tan puros...

EMIL. Cierto:

ven, Pepito, ven, mi Jaime.

NIÑOS. Un beso, papás.

LUIS. Y mil.

¿Qué tal la noche pasasteis?

PEP. Yo he tenido unos ensueños...
muy malos.

EMIL. Pues ¿qué soñaste?

PEP. Soñé que con el abuelo
por aquestas soledades
andabamos siempre tristes,
pues nos dejaron mis padres.

EMIL. ¡Luis!

LUIS. ¡Emilia!

PEP. Yo no sé

adónde hicisteis un viaje,
que os salieron foragidos...

JAIME. ¡Vamos, hermano, no acabes,
que me vas á hacer llorar!

¿Acaso fueran capaces

de dejar solos papás

á su Pepito y su Jaime?

LUIS. No, no: era un sueño, hijo mío.

Andad, que ya se hace tarde;

y pues tendreis apetito,

id y que os den chocolate.

JAIME. Bueno, te traeré una sopa.

LUIS. No, si acabo de tomarle. .

EMIL. Abrazadnos y besadnos,
y anda, Pepito, vé, Jaime.

ESCENA VII.

LUIS y EMILIA.

- LUIS. Parece providencial
de los niños la presencia.
- EMIL. El sueño de la inocencia
es sin duda celestial.
- LUIS. Pues bien; no nos marcharemos;
aquí viviendo sigamos...
- EMIL. Nuestra marcha suspendamos
y al papá complaceremos.
Que si el bullicio nos falta
de la córte y su belleza,
aquí la naturaleza
rica y sublime resalta.
Y si lisonjas oír
no logramos de las gentes,
los ecos de los torrentes
aquí podremos sentir...
Y al trinar del ruiseñor
cuando á su pareja llama,
la esposa fiel que te ama
te consagrará su amor.
Y al prenderme un alhelí,
para que no te dé enojos,
iré á mirarme en tus ojos,
que es mi gloria verme en tí.
Y pues no es posible esten
mayores dichas unidas,
hagamos de nuestras vidas
como del cielo otro eden.
- LUIS. ¿Y quién tan fausta noticia
á padre dará primero?
- EMIL. He de ser yo.
- LUIS. No, no quiero.
Vá á valerte una caricia.
- EMIL. Envidioso.
- LUIS. Pues los dos
á un tiempo se lo diremos.
- EMIL. Bueno, así conseguiremos

las bendiciones de Dios.

LUIS. }
EMIL. } Vamos.

ESCENA VIII.

DICHOS y PEDRO.

PED. Señores, noticia.
Vienen unos caballeros
en una silla de postas,
y aqui se encaminan.
LUIS. ¡Cielos!... ¿Quién podrá ser?
PED. Ya se acercan: ¿los vé usted?
LUIS. ¡Buen Dios! ¿Qué veo?
EMIL. ¿Qué es eso, Luis?... ¡Palideces!...
LUIS. Si, querida, palidezco...
porque sin duda á buscarnos
vienen de Madrid, y temo...
EMIL. ¿Temes? ¿Y por qué razon?
Aqui, condúcelos, Pedro.

ESCENA IX.

DICHOS y ADELA, JULIA, el VIZCONDE y el BARON.

VIZ. ¡Mi querido Luis! Señora...
LUIS. Pasen ustedes á honrar
este mezquino lugar...
Te presento sin demora
al Vizconde del Acaso,
sujeto muy distinguido;
y á su hermana, que ha sabido (Por Julia.)
en palacio hacerse paso:
al Baron del Olivar
y á su hermana: y os presento (Por Adela.)
á mi adorado portento...
BAR. ¡Que sabremos admirar!
ADELA. ¿Y este lugar solitario
ocultaba tal tesoro?
¡Vamos, si es un pino de oro!
(Tomemos el incensario.)

- Usted no debe vivir
cual mariposa entre flores.
- JULIA. El templo de los primores
para usted vamos á abrir.
- Viz. ¡Ay!! véngase usted, señora ,
acompañe á su marido,
el cual ya nombrado ha sido...
Saca ese despacho ahora...
- LUIS. ¿He sido nombrado? ¿qué?
- Viz. Secretario del de Hacienda;
como usted el negocio entienda...
es un buen bocado á fé.
- LUIS. Yo no merezco quizá
tal favor...
- Viz. ¡Eh! qué bobada.
Hable mucho, no haga nada,
y en Madrid prosperará.
Para que el paso primero
dé con acierto, me obligo
á darle á usted por amigo
á cualquier gacetillero.
Créame usted, en Madrid
se ha de entrar armando ruido
y mintiendo; ¡yo he mentido
cual nadie, y triunfé en la lid!
Ayer mismo hice poner
al noticiero Juan Dália,
que yo llegaba de Italia
donde fuí la guerra á ver.
Y en Madrid sin gran trabajo
lo creyeron á porfia,
cuando yo solo venia
de Carabanchel de abajo.
- BAR. Reciba usted este pliego,
el que sin duda ninguna
asegura su fortuna;
yo con placer se le entrego.
Las mejores sociedades
de Madrid le invitarán,
y cuidado, que allí van
grandes notabilidades.
- LUIS. ¿Qué veo? ¿Despacho real?...

- Ya no es sueño ni misterio...
De Hacienda en el ministerio
secretario... Y bien... ¿qué tal?
- EMIL. Que á tan grande elevacion...
resistir es imposible.
- VIZC. Sea enhorabuena.
- LUIS. Indecible
es mi gran satisfaccion.
- BAR. Me costó mucho dinero
alcanzar tan grande honor.
- LUIS. Yo lo pagaré...
- BAR. ¡Qué error!
Si acaso á mi tesorero.
- ADELA. Qué buena vida en la córte
vá usted á tener, Emilia.
Haremos una familia;
nuestros tipos son de un corte...
¿No es usted sentimental?
- EMIL. Mi defecto es la franqueza.
- ADELA. Es como yo; la llaneza
es mi dote mas cabal.
- JULIA. Pues entremos pronto en lid.
- VIZC. Muchas gentes ya os espera n.
- LUIS. Bueno, cuando ustedes quieran
marcharemos á Madrid.
- VIZC. Fuera un delirio tardar...
- JULIA. Despues de tan gran victoria...
- BAR. Le espera el honor...
- ADELA. La gloria...
- VIZC. Nada, á marchar...
- TODOS. ¡Á marchar!

ESCENA X.

DICHOS y D. JUAN, PEPITO y JAIME, á su tiempo, sin verlos.

- JUAN. ¿Con que marchar? ¡Que me place!
El tiempo es bueno.
- LUIS. Señor ..
- JUAN. No tengáis ningun temor,
un hermoso día hace.
- EMIL. Padre...

LUIS.

Yo...

JUAN.

Preséntamè

á estos señores, que es justo
que conozcan, si es tu gusto,
al padre tuyo.

LUIS.

Lo haré.

VIZC.

(Ap.) ¡El viejo no me hace gracia!

ADELA.

(Id.) ¡Este nos vá á incomodar!

BAR.

(Id.) ¡Oh, cederá á su pesar;
aun queda mi diplomacia!

Señor, sé que usted es padre
de este mi excelente amigo,
y no hablo en balde si digo
que hará lo que bien le cuadre.

Hace tiempo que luchando
con graves inconvenientes,
han logrado mis parientes
dar á Luis honor y mando.

Tendrá en Madrid un empleo;
allí mandando entrará;

su influjo le llevará
mas allá de su deseo.

¿Y quién sabe si algun día
llevado por su talento
y digno merecimiento,
mandará en la monarquía?

JUAN.

Bien, mandará: sea dichoso;
pero antes de que ese error
cometa, oye de un pastor (Á Luis.)
un cuentecillo famoso.

Habia en un lugarcito
un gañan muy enfatuado,
porque guardaba un ganado
que obedecía su grito.

Cuando en la cumbre del monte
él contemplaba á su grey,
se imaginaba ser rey
de aquel inmenso horizonte.

Cierto día que orgulloso
iba el rebaño guiando,
sintió de pronto bramando
el huracan poderoso...

Los dóciles corderillos
se escapan, él los dá voces,
pero ellos corren veloces
del monte por los tomillos.
Suben á la cumbre, y él
tirándoles el cayado,
llega allí desesperado
con la rabia de Luzbel.
Pero los mansos corderos,
que son símbolo de Dios,
no se agrupan de él en pos;
al contrario, huyen ligeros.
Él en su furia infinita,
saltando de risco en risco,
tropieza y cae de un pedrisco,
y de allí se precipita.
Con desbordado furor
se le lleva un gran torrente,
y así el gobierno impotente
termina de aquel pastor...
Guiando mansos corderos
aquel pobre se estrelló;
solo el niño Dios logró
llevarlos por sus senderos.
Y si á ellos, no te asombres,
mal guia el mortal que quiere,
insensato aquel que espere
mandar sin riesgo á los hombres.
Murió el pastor con su afan:
manda hombres tú; mas te expones
á morir de sus traiciones
en el deshecho huracan!
Ahora ya te habló mi amor;
si aun á mandar te decides,
vé; pero el cuento no olvides
del ganado y del pastor.

LUIS.

Padre, no sé qué decir,
si á Madrid no voy, yo creo
perder mi fortuna...

JUAN.

Veo

que es inútil argüir.
¡No hablemos de eso, á almorzar

(Muy conmovido.)
y despues á prepararse
para al momento marcharse!

(Pepito y Jaime entran en la escena.)

¿Á qué viene el vacilar?
¿Quién hace caso de un viejo?
Chocheces de mi edad son.

¡Donde ya no hay ilusion...
no hay de la gloria un reflejo!
Niños, venid á mi lado;

(Formando un grupo con los niños.)

la *infancia* y la *senectud*,
la *esperanza*, el *ataud*,
el *porvenir*, lo *pasado*.

Id con semblantes rientes
á almorzar entre licores...
nosotros entre las flores
junto al cristal de las fuentes.

Vamos, os he de guiar;

¡adelante, así, á vivir!!

¡vosotros allí á reir...

¡nosotros aqui á llorar!

(D. Juan se arrodilla; abraza á sus nietos llorando
y estos le acarician y tratan de consolarle.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon amueblado con lujo.

ESCENA PRIMERA.

BARON y ADELA.

BAR. Es preciso gran cordura
para lograr nuestro intento.

ADELA. Yo creo que he trabajado
bastante en tan poco tiempo:
por Emilia gastó Luis
su caudal dando conciertos.
Lo que mas me sobresalta
es ver que cambió de aspecto
completamente. Alegre antes,
hoy se encierra en su aposento,
y gracias á mí, si no,
no saldria de su encierro.

BAR. Adela, nuestra fortuna
exige que trabajemos
para ver si desunimos
ese matrimonio luego.
Emilia sé que á su esposo
vá apartando de mi intento;
ya le prohíbe que juegue,
en fin, yo voy conociendo,
que si él es un aturdido,

ella tiene algun talento.
Hermana, aqui nos estorba
Emilia, busquemos medios
de introducir las reyertas
entre los consortes; luego,
yo hablaré con ciertas gentes,
que me ayudarán espero,
y de ese Luis las riquezas
en consumiéndolas, presto
haré que pierda con su honra
su dignidad y su empleo.
¡Imbécil!... ¡Hermoso, jóven,
elegante, con dinero,
con una mujer tan bella!...
Dios es pródigo en extremo
con unos, y con los otros...
Pero en fin, no blasfememos;
contra el gran genio del bien,
está el genio del averno;
el uno ampara á los hombres,
el otro... los vá siguiendo.

- ADELA. Yo no temo á Emilia, no,
solamente temo al viejo.
- BAR. Ese está muy sosegado
en su quinta con sus nietos.
- ADELA. Te equivocas; ese anciano
tiene sobra de talento
y no le falta energia;
sus ojos lo estan diciendo,
que aunque vacila su vista,
tiene mirada de fuego.
- BAR. Nosotros muy precavidos
aceleremos los hechos:
y cuando ese anciano venga,
que ya no tenga remedio
la ruina de los esposos;
con que vete introduciendo
en el corazon de Emilia,
hazla conocer los celos,
aun se encontrará en su cuarto;
yo he dejado hace un momento
en ese salon á Luis;

fuerza es que nos separemos,
y cada cual por su parte
trabaje con grande esfuerzo.
Adela, estoy arruinado,
mi nobleza es fingimiento;
no indagarán quién yo soy
mientras conserve alto puesto,
pero ¡ay de nosotros dos,
si de la cumbre desciendo!

ADELA.

Vete y con'ta en mi afan.

BAR.

Á tu discrecion me entrego.

ESCENA II.

VIZCONDE, ALFREDO.

VIZ.

Excelente reunion
en esta fonda ha quedado:
es un hotel que está honrado
por gentes de elevacion.
¡Qué de bellas hemos visto!
y miraban con afan,
tan solamente á un galan...

ALF.

En que volvamos insisto;
á fuer de gacetillero
voy en busca de noticias...
vamos á ver si me inicias...

VIZ.

Servirte al instante espero:
si quieres saber la historia
de ciertos hombres de pró,
vente conmigo, que yo
te diré toda su gloria.
Verás adentro á un banquero
que me quedo siempre extático
mirándole, *aristocrático*,
cuando ayer fué *naranjero*.
No lo dudes, saltó zanjas
para vencer en la lid,
pero él no trajo á Madrid
mas que un carro de naranjas.
Verás allí á un general,
echándola de muy rico,

del que dicen que en *Tampico*
hizo todo su caudal.

Verás allí á un diputado
que gran influjo adquirió,
cuando todo lo que habló
esto fué: *si, no, aprobado.*

Y verás que no trasluces
ni la intriga ni el ingenio,
pues el favor como el genio
ostentan las mismas cruces.

Verás allí á una coqueta,
que ya de cincuenta pasa,
por lo que el cutis se engrasa
que es su cara una careta,
y en tan confuso tropel,
filósofo observarás,
que el oro que viendo estás
tiene mas que *oro, oropel.*

ALF. Bravo, chico, eso me gusta;
á fé de gacetillero
yo critico al mundo entero,
y ningun riesgo me asusta.
Yo soy mucho mas feliz
que esos grandes hacendados,
ministros y diputados
que á mí bajan su cerviz.
Con sarcástico versículo
los critico en mi periódico,
y tienen mal espasmódico
al contemplarse en ridículo.

VIZ. Pues aunque dichoso eres,
yo voy á proporcionarte
un buen modo de encumbrarte
á la altura que quisieres;
en cierto plan del Baron
y mio vas á ayudarnos,
juntos hemos de elevarnos.

ALF. Corriente.

VIZ. Ven y chiton.

ESCENA III.

DICHOS y el BARON.

- BAR. ¿Adónde buenos señores?
VIZ. Vamos buscando aventuras.
BAR. Y no hay duda que en la Granja
hallarán ustedes muchas;
aquí reunidas se hallan
gentes de elevada alcunia,
y entre ellas hay muchas niñas
bellas....
- VIZ. Bellas no busca
nuestro amigo el escritor,
que el tiempo no pasa nunca
entregado á las hermosas;
mas grandes cosas le ocupan.
El que pretende elevarse
á los cuernos de la luna,
no ha de buscar los placeres
que siempre la mente turban,
sino las intrigas...
- BAR. Cierto.
Yo le puedo ofrecer una,
si gusta, que puede darle
honor, renombre y fortuna.
ALF. Si no deseo otra cosa...
BAR. Pues prestadme atencion mucha:
Ya conoce usted á don Luis,
á ese babieca, que juzga,
elevarse en nuestros hombros
sin que pague su tontuna;
pues á ese simple es preciso
sacar en caricatura
en el periódico; pronto
ese enjambre que circula
á su alrededor, deseo
le haga blanco de su burla.
Su caudal yo me he encargado
de aligerar con premura;
hemos jugado dos veces
y su negra desventura

le hizo perder; ahora quiero
que la posicion que ocupa
pierda cuanto antes podamos;
cuento, pues, con esa pluma
y la de algun otro amigo
á quien usted con lisura
puede decirle que yo
haré que como la espuma
vaya subiendo, si presta
su proteccion oportuna
para á ese hombre mentecato
arrojarle de su altura.

ALF. Bien; mas ¿por qué tanto encono?...

BAR. En causa grande se funda:
figúrese usted que yo
destiné crecidas sumas
para que don Luis llegara
al colmo del ánsia suya;
alcanzó tan alto empleo
pasando yo mil angustias,
y luego me ha dado gracias,
y la mano y... aleluya.

ALF. ¡Ah! pues eso basta y sobra:
nuestras fuerzas se reunan
desde este instante; el Vizconde,
que bellas dotes aduna
para vencer en amor,
que á sus recursos acuda
para domar la virtud
de esa celeste criatura
esposa de Luis; usted
al juego y la baraunda
condúzcale presuroso;
por mi parte con cordura
veré si encuentro algun colega
que á mi crítica sañuda
una la suya tambien.
Saldrán de él caricaturas;
diremos que se ha criado
de selvas en la espesura,
que compró á fuerza de oro
el empleo que disfruta,

- en fin... cuente usted conmigo.
- VIZC. Bien; la alianza se jura
entre nosotros ahora:
en ocasion oportuna
á Emilita haré el amor,
y á la verdad que me gusta;
y si logro conseguir .
alguna mirada suya,
habrá gran murmuracion,
risas, escándalo, bulla.
- ALF. Dejádme solo, señores;
aqui se acerca sin duda
el director de un periódico
de muchísima fortuna;
si le pongo de mi parte,
nuestra victoria es segura.
- BAR. Bien; dejamos á usted solo.
Manos á la obra.
- VIZC. Á la lucha.
- BAR. No revele usted mi nombre
si prudente no lo juzga.

ESCENA IV.

ALFREDO y D. CÁRLOS.

- ALF. Yo saludo al director
del periódico afanado.
- CAR. Yo al escritor ilustrado,
digno de aplauso y de honor.
- ALF. Y qué, ¿se divierte usted
en la Granja?
- CAR. Bien me encuentro.
- ALF. Yo lo creo, este es el centro
de todo lo bello á fé;
como estan sus majestades
pasando la temporada,
la Granja está frecuentada
por las notabilidades.
De todo se encuentra aqui;
ministros y diputados,
escritores afanados...

esto está brillante.

CAR.

Si.

ALF.

Yo sin embargo me aburro,
y casi mi afán me obliga
á decirle que una intriga
de gran provecho discurre.

CAR.

¡Intriga!

ALF.

De gran valor;
y si usted con su periódico
de cierto modo meródico
me prestara su favor...

CAR.

¿Entiende usted el periodismo
como se debe entender?

ALF.

Yo solo tengo saber
para entenderme á mí mismo:
sé que debo prosperar,
y sé que es siempre un borrico
el que pudiendo ser rico
se resigna á mendigar.

CAR.

Quien con infame egoísmo
vive en el mundo, es aleve,
y con su pluma no debe
profanar el periodismo.
La misión del escritor
es ilustrar, conmover,
y su opinión no torcer
ni menoscabar su honor.
Si usted es de esa Babel
de menguados petardistas
que se dicen periodistas
del bullicio en el tropel,
no se ponga usted al lado
de un escritor de conciencia
que nunca presta influencia
al intrigante malvado.
La voz de la ilustración
en mi corazón resuena:
yo nunca piso esa escena
de intriga y depravación;
un recto escritor no ampara
á villanos como usted;
ó los huella con su pié,

ó los escupe á la cara.

ESCENA V.

ALFREDO, solo.

Se ha negado; él se lo pierde:
no quiere entrar en mi plan,
bien, no importa, otros vendrán...
Yo haré que de mí se acuerde.
¡Y me ha puesto bueno! Pues...
siento perder su influencia...
pero, en fin, tiene conciencia...
no sé de qué color es. (Váase.)

ESCENA VI.

EMILIA y ADELA.

- ADELA. Hoy estás encantadora
cual no te he visto jamás:
lástima es que tu marido
disfrute tanta beldad.
- EMIL. Creo digno á mi marido
de mi cariño leal,
y le adoro con el alma.
- ADELA. Pues bien pagándote está.
- EMIL. ¿Pues qué, sabes algo?
- ADELA. No.
- EMIL. Háblame con claridad.
- ADELA. Yo solo sé que hace tiempo
que derrocha su caudal,
que juega y que pierde siempre.
- EMIL. Eso me dá gran pesar;
pero prefiero arruinarme
á que otra mujer quizá
me arrebate su cariño.
¡Oh! si esa fatalidad
sufriera un dia, la muerte
me vendria á arrebatar.
- ADELA. Haces muy bien, cara Emilia;
debes á tu esposo amar,

que cuanto mas le ames tú
menos él te estimará.
Es ley del mundo, hija mia;
si quieres verte adorar
de tu esposo, indiferente
siempre con él estarás:
has de acudir á los bailes
de la buena sociedad,
bailarás con el magnate
que una á su celebridad
la belleza de su rostro
y su arrogante ademan.
Prodígale una sonrisa,
y pronto tras tí verás
á tu marido hecho un pollo;
querrá contigo bailar,
y entonces te ries de él
y dices... ;qué antigüedad!...
bailar dos esposos juntos...
anda, querido, á buscar
la pareja que te agrade,
que á mí no me importará:
hijito, en el matrimonio
debe de haber libertad,
que libertad, anarquía,
república conjugal...
Si haces así, á tu marido
bueno y sumiso tendrás:
aun no tengo treinta años,
y con mi táctica, ya
he podido á tres maridos
mandar á la eternidad.

EMIL. ¡Matar al hombre que amamos!
me horroriza idea tal!...

ADELA. ¿No dicen que en este mundo
el placer está en variar?
Pues, hija, variar pretendo;
solo enterré tres no mas;
el primero fué un vizconde
muy necio, y sin capital;
el segundo ha sido un juez;
el tercero, militar;

un brigadier que jugaba
cuanto tenia y aun mas:
pues correr quiero las clases
de toda la sociedad,
hasta el doce matrimonio
yo no pretendo parar.

EMIL.

Si tú sintieras, Adela,
eso que diciendo estás,
te mirara con desprecio,
no te volveria á hablar.
Sabes que mis sentimientos
honrados siempre serán,
y nunca amiga querida
podré con placer llamar
á la que cual yo no tenga
corazon recto, leal.

ADELA.

Vamos, mi querida Emilia,
se ha trastornado mi plan:
como noto que hace dias
tienes ganas de llorar,
dije dos mil disparates
por si podia lograr
que á lo menos sonrieras
un momento nada mas.
Pero ya veo, querida,
que nada conseguirá
ni el cariño que te tengo
ni mi solícito afan;
pues yo quiero distraerte,
espero que aqui saldrás
luego; que antes de comer
aqui se reunirán
diputados y escritores;
Julia piezas tocará
de la *Traviata*, y despues
sus versos recitarán
dos poetas afamados;
pero ven, componte mas;
le falta mas brillantez
á tu cabellera, ya
te lo arreglará tu amiga;
tu marido vá á llegar,

y con el Baron mi hermano
pues no nos encontrará
ven conmigo.

EMIL. Pero Adela...

ADELA. Vamos, ó me he de enfadar.
(Poco á poco mis consejos
su corazon minarán.)

ESCENA VII.

D. LUIS y el BARON.

BAR. No se apure usted por eso
y tenga mas corazon.

Luego acaso gane usted
si ahora le he ganado yo.

LUIS. Las pérdidas no me apuran;
lo que causa mi dolor
es lo que me ha dicho antes:
por eso en mi exaltacion
jugué como un aturrido
cerca de medio millon.

BAR. Lo que dije á usted no tiene
mal alguno, no, señor:
le dije, si, que en su esposa
clava la murmuracion
su afilado diente: causa
en mi conciencia no dió;
pero hay ciertas apariencias...
dicen si un embajador
la mira de cierto modo
que revela su pasion...
Eso tiene el ser casado.
¡Cuán venturoso soy yo!
Si usted, cual yo, fuera libre
¡qué vida, Dios de Jacob!
Rico, buen mozo, con una
envidiable posicion...
las bellas le buscarian...
la suerte en carro veloz
le llevaria á la cumbre
de la gloria y del honor.

Por el contrario, casado
solo tendrá exposicion...
No crea usted que á su esposa
tenga por culpable, no;
mas yo sé que se murmura...
¡Hay tanto calumniador!
¿Pero qué se dice?

LUIS.

BAR.

LUIS.

BAR.

Nada.

Pero usted no ha visto...

No,

don Luis, yo no he visto nada;
mas cumplo mi obligacion
dándole la voz de alerta...
Esto me causa rubor...
pero no soy de esos hombres
que dejan la estimacion
mancillar de sus amigos:
aunque haya peligro, yo
advierto á quien me interesa,
y cumplo así con honor.

LUIS.

BAR.

Pero...

No mas me pregunte:

vigile usted con teson
á esa esposa tan querida
y al señor embajador...
ó tena que yo, que un día
le otorgué mi proteccion,
le retire mi cariño,
y con este mi favor. (Váse.)

ESCENA VIII.

D. LUIS.

Se marchó, pero en el alma
me dejó agudo puñal:
perdí la fé conyugal,
y con ella amor y calma.
Mi esposa infiel, imposible;
si lo fuera moriria;
mas de tanta alevosia
mi consorte no es posible.

¿Pero por qué se murmura?...
¿Alguna causa habrá dado?
Pero si la han calumniado...
¿quién la verdad me asegura?
Será esta duda mi infierno;
piensa, mente mia, piensa;
descorre esa nube densa,
sácame del negro averno...
Dios, alumbra mi razon.
Ella viene. Fingiré,
y aunque sufra, reiré...
No me vendas, corazon.

ESCENA IX

LUIS y EMILIA.

EMIL. Solo. Le he de atormentar.
¿En soledad se medita?
LUIS. Preciso.
EMIL. ¿En alguna cita?
LUIS. (La he de herir.)
EMIL. (Le he de abrasar.)
LUIS. ¿Tú lo habrás pasado?...
EMIL. Bien.
LUIS. Acaso, acaso...
EMIL. Cantando.
¿Y tú, sin duda?...
LUIS. Cazando...
EMIL. Bien.
LUIS. Conforme.
EMIL. Amen.
LUIS. Amen.
En la Granja hay mil placeres,
y de su inmensa arboleda
entre las hojas se enreda
la virtud de las mujeres.
EMIL. ¡Oh! la Granja es celestial...
y en sus árboles frondosos
suelen dejar los esposos
su paz, su honra y su caudal.
LUIS. Si el marido pierde la honra

- la mujer causa será.
- EMIL. Si á su esposa afrontas dá
el marido se deshonorra.
- LUIS. No me gustan los rodeos.
- EMIL. Menos me gusta el sarcasmo.
- LUIS. Te hablaré con entusiasmo.
- EMIL. Complazarás mis deseos.
- LUIS. Con tu acento magistral
puedes comenzar si quieres.
- EMIL. Somos poco las mujeres
en la vida conyugal.
Siempre el primero el marido
debe empezar á argüir;
principia, te quiero oír;
no serás interrumpido.
- LUIS. Seré terminante y claro;
te diré, si no te opones,
que del mar de las pasiones
ya vamos perdiendo el faro.
Te diré que anda mi honor
de mi dignidad en mengua,
corriendo de lengua en lengua.
que ardo en celos y en furor.
Y que si no partes luego
con tus hijos y tu padre,
sentirás, mal que te cuadre,
de mi rabia el vivo fuego.
- EMIL. ¿Cómo? Dejarte entregado
á las bellas, á la orgia...
Toda la paciencia mia
ya por fin has agotado.
Porque me viste sufrir
tu conducta impertinente
imaginaste imprudente
mas mi corazón herir.
Yo te pude perdonar
que jugaras tu tesoro,
porque no ambiciona el oro
la esposa que sabe amar.
¡Mas sufrir que á otra mujer
la consagres tu cariño!..
nunca: tu mente de niño

no te supo iluminar,
no: yo te sigo do quiera
desde que la aurora asoma,
ya como amante paloma,
ya cual frenética fiera...
Siempre en tí mis ojos fijos
del mal te sabré apartar,
porque yo quiero salvar
el porvenir de mis hijos.
Si la vil maleficencia
habla infamias de los dos,
no importa: júzguenos Dios
con nuestra pura conciencia.
Si me culpó un fementido,
ser debo por tí amparada:
la mujer siempre está honrada
al lado de su marido.

LUIS. Tu sagaz penetracion
palabras sabe buscar
para poder disculpar...

EMIL. Respeto mi estimacion:
antes de hablar reflexiona,
no te arrepientas despues.
¿Cuál la falta mia es?

LUIS. La que el vil vulgo pregona.

EMIL. ¡Ah! si, si, tienes razon;
porque jamás he adulado,
y al mundo me he presentado
sin hipócrita ficcion;
porque á cumplidos galantes
dando gracias contesté;
porque siempre me burlé
de amadores ignorantes...
Ya sé que en la sociedad
se fascina hasta á los sabios,
llevando risa en los labios
y en el alma la maldad.
Porque lo voy conociendo
voy la sociedad dejando;
por eso vivo llorando,
por eso vivo sufriendo.
Porque al ver la sinrazon

de ese mundo corrompido,
tengo triste, tengo herido
mi sincero corazon;
y porque su alevosia
de una vez lo destrozara,
el corazon me arrancara
y al mundo lo arrojaria.

LUIS. Si no estuviera informado
de todo, yo te creyera,
porque aun en el alma impera
el amor que te he jurado.
Pero de un alto señor,
aunque no lo solicites,
galanterias admites
que menoscaban mi honor.

EMIL. Infame quien lo dijera,
villano quien lo ha creido.
¡Ay! el alma me has herido...
Si hoy no llorase muriera.

(Al tiempo de sacar Emilia un pañuelo del bolsillo
de su vestido se cae un papel.)

LUIS. Á ver, se cayó un papel
cuando sacaste el pañuelo.

EMIL. Bien puedes leerlo.

LUIS. (Despues de leer.) ¡Cielo!

EMIL. ¿Qué es eso?

LUIS. Mujer infiel.

Á las dos en el jardin...

¿Quién esta cita te ha dado?

EMIL. ¡Oh, qué traicion me han armado!...

Mas, Dios mio, ¿con qué fin?

LUIS. ¡Oh! si, medita una farsa
para ocultar tu deslíz;
sé tú la primera aetriz
y yo seré tu comparsa.

EMIL. Soy inocente.

LUIS. Mentira;

te honré dándote mi mano,
y ese tu instinto villano
solo á deshonorarme aspira..

EMIL. ¡Oh! me oirás mal que te cuadre,
la verdad descubriré.

LUIS. Huye, pues, que eres ya
adúltera cual tu *madre*.

ESCENA X.

DICHOS y D. JUAN.

EMIL. ¡Ah, padre!

LUIS. Señor...

JUAN. ¡Dios santo!

Dáme valor, corazón...

sufre tan cruel borron...

no corras, indigno llanto.

En hora fatal entré...

Mucho á mi Dios he faltado,

mas todo aqui lo he expiado,

decreto del cielo fué.

EMIL. Padre...

JUAN. Porque débil fuí

fué mi consorte perjura;

pero aquella desventura,

hija, cayó sobre tí.

¡Esos castigos prolijos

Dios manda, adúlteras madres;

los pecados de los padres

luego caen sobre sus hijos!!

EMIL. ¡Padre!

JUAN. Mírame tranquila:

fija en mí tus negros ojos;

no hay mariposa entre abrojos;

pura ostenta su pupila.

Dí, Luis, ¿por qué así faltaste

á quien nunca te faltó?

LUIS. La culpa no tuve yo.

JUAN. Mas ¿por qué la sonrojaste?

LUIS. Porque al sacar su pañuelo

cayó al suelo este papel

que la acredita de infiel.

JUAN. (¡Dame valor, justo cielo!) (Leyendo.)

«Á las dos en el jardín.»

Papel sin firma, esto fué...

¿Quién te lo dió?

EMIL.

No lo sé,

ni adivinar puedo el fin...

JUAN.

Ningun mal mi alma presiente.

Seguiré á la intriga el hilo;
puedes, Luis, estar tranquilo,
que tu esposa es inocente.

Te lo juro. Óyeme ahora:
ya que á mi esposa acusaste
y adúltera la llamaste,
sabrás lo que me desdora.

Cual la tuya, mi mujer
era sencilla y muy bella,
y lejos de Madrid ella
nació y la miré crecer.

Como tú, sediento yo
de la pompa mundanal,
saqué la flor virginal
del rosal que embalsamó.

La llevé á Madrid, y allí
se vió de mí abandonada:
ella se miró adulada,
y su ruina empezó así.

Por dejar que la obsequiasen
no viendo en ello malicia,
dejé por torpe impericia
que el juicio la trastornasen,

Mujer que una vez perdió
el pudor, no se contiene;
tras un error, otro viene.

¿Quién tuvo la culpa? yo.

¿Tendrá la culpa mi hija
de lo que hiciera su madre?

El culpable fué su padre,
aunque el decirlo me aflija.

Si pura te dí una flor,
¿por qué, dí, no la guardaste?
¿Por qué en alas la entregaste
del huracan bramador?

La arrojaste al vendabal;
si este llega á arrebatarla,
serás pudiendo salvarla
aun mas que ella criminal.

- LUIS. Esas son frases no mas;
el papel, ¿quién se le ha dado?
- EMIL. Nadie.
- JUAN. ¿Con Luis han tratado
de indisponerte quizás?
- EMIL. Si, tengo un presentimiento.
Adela... no hay duda, no,
su víctima he sido yo.
- JUAN. Terrible intriga presiento.
Di, Luis, la verdad: ¿Adela
algo se inclina hácia tí?
- LUIS. Mucho recelo que sí.
- JUAN. Procedamos con cautela.
Alguna vez el Baron
no ha pretendido explorar...
- EMIL. Padre, aqui debo callar;
presiento una perdicion.
- JUAN. ¡Un mes no mas, cielo santo!
¡Un mes no mas, y estos dos
que daban gracias á Dios,
siendo uno de otro el encanto,
hoy por la intriga fatal
están cuasi separados,
poco menos que arruinados...
¡Eso es vil, es criminal!
Pero aun vive el padre anciano,
y medios sabrá buscar
para la intriga cortar
con resuelta y firme mano.
Emilia, tranquilidad:
tu esposo te verá honrada
y de él serás adorada.
Mi Luis, ten serenidad.
Dios nuestro destino junta:
déjame observar con fé
y á mi hija te entregaré
pura cual siempre ó difunta.
La escena que vá á pasar
no os altere un solo instante;
quiero ver mas de un semblante
palidecer y temblar.
Paciencia. Os daré el reposo:

vuestros hijos lo reclaman;
esos dos hijos que os aman
con un amor tan hermoso.
Esos hijos que... ¡oh baldon!
no me preguntan por ellos:
los dos tan tiernos, tan bellos.
¡Oh! no teneis corazon.
Aqui estais encenagados
sin memoria, sin creencia;
estais por la Providencia
malditos y abandonados.
Pero arrancaros del foco
de las traiciones sabré:
de no ser así, saldré
de esta casa muerto ó loco. (Váse.)

ESCENA XI.

EMILIA, D. LUIS.

EMIL. Dios me dé valor...
LUIS. Señora,
los semblantes compongamos:
que no adivine ninguno
nuestra situacion: los pasos
ya percibo de las gentes;
riamos, los dos riamos.
Padre me dice que espere...
esperaré resignado.
Si á esos rumores de córte
por desgracia diste pábulo,
mísera de tí; si no...
entonces por vil me mato.

ESCENA XII.

BARON, CÁRLOS, ADELA, JULIA, acompañamiento de señoras
y caballeros, VIZCONDE.

VIZC. ¡Bravo! los esposos juntos
es una cosa que encanta:
los amantes de Teruel,

la bella Atalita y Chactas,
Abelardo y Eloisa...
el Tasso y Leonora...

BAR. Basta,
aquí á disfrutar venimos:
mientras á la mesa llaman
que preparen los poetas
sus endechas, y las damas
prepárense ya á cantar:
pues que la música encanta,
se abre la sesión, señores.

JULIA. Queda abierta.

OTROS. Sí, que se abra.

CAR. Yo traigo una poesía
sobre las cosas mundanas.

VIZC. ¿Pero y nuestro amado Luis,
no tiene compuesto nada?

LUIS. La divina poesía
no me favorece nada.

VIZC. Pues yo traigo una letrilla
sobre lo que ví en Italia.

CAR. Hombre, si usted nada ha visto.

VIZC. ¿Cómo que no he visto nada?

ESCENA XIII.

DICHOS y D. JUAN.

JUAN. Señores...

ADELA. (¿Qué veo?)

BAR. (¡Oh rabia!)

EMIL. ¡Padre!...

LUIS. Señor...

JUAN. ¡Alegria!

¿Eh? ¿Por qué sobresaltarse?

Todos deben alegrarse

hoy con la presencia mia.

Soy un viejo sin doblez

y sin pretensiones vanas;

representan estas canas

sesenta años de honradez.

Y aunque es esta sociedad

compuesta de la grandeza,
por oro, ingenio y nobleza
llego aqui con libertad,
porque valiente luchando
para defender mi tierra
con sangre gané en la guerra
esta cruz de san Fernando.
Ved si admitir se me puede,
sin deberlo aquel prolijo
me recomiende mi hijo...
si no... me iré...

VIZC. y ADELA. Que se quede.

CAR. Todos cuantos aqui estamos
con veneracion os vemos.

VIZC. Á nuestro lado os queremos.

CAR. Que os quedeis os suplicamos.
Quedaos: en este salon
se toca el piano, se canta,
se dicen versos...

JUAN. Me encanta
tan variada diversion.

Yo tambien de contar trato
una complicada historia,
á ver si tengo la gloria
de entreteneros un rato.

CAR. Pues empiece la funcion
esa historieta contando.

ADELA. (¿Qué contará? Estoy temblando.)

BAR. (No me vendas, corazon.)

EMIL. ¡Padre!

LUIS. ¿Qué vá usted á hacer?

JUAN. Tan solo á pasar el rato.

BAR. (¿Qué será?)

ADELA. (¡Tiemblo!)

VIZC. (¡Insensato!)

JUAN. Les veo palidecer.

BAR. Yo tengo una ocupacion
precisa...

JULIA. Y á mí me espera...

JUAN. Sentaos... y mucha atencion.
En una quinta famosa
una familia habitaba

que la ventura gozaba
mas completa y mas hermosa.
Dos jovencitos casados
allí felices vivian,
y las delicias hacian
de sus hijos adorados.
Un padre anciano tambien
con ellos era dichoso
en aquel verjel frondoso,
en aquel bendito eden.
El genio de la amargura
contemplando el paraiso
se sonrió, y entrar quiso
sembrando luto y tristura.
Entró al fin; llegó un Vizconde...

VIZC. (Ése soy yo.)

JUAN.

Y un Baron,
y dos señoras, que son...
(cuevas do el tigre se esconde)
entraron, y sedujeron
con ilusiones pomposas
á aquellas almas hermosas
que inocentes les creyeron.

BAR.

(Perdido soy.)

VIZC.

(¡Cielos!)

ADELA.

(¡Ah!)

JUAN.

Á la córte se marcharon
y en ella los trastornaron,
los arruinaron quizá;
bien urdida la traicion,
los consortes se odiarian;
luego se separarian,
perdiendo la estimacion.
Pero en tal drama jugaba
tambien un padre, un anciano
que cortar con fuerte mano
la intriga fatal ansiaba.
Y armado de su valor,
por escudo la conciencia,
teniendo á la Providencia
en su constante favor,
se presentó á los malvados

diciendo: «Ceded la presa
ó no saldrá de aquí ilesa
vuestra opinion, depravados.
Ante toda la reunion,
despues de iros sonrojando,
os tengo de ir señalando
lleno de satisfaccion...»
¿Y lo creereis, señores?
Los tiranos no cedieron;
á los esposos perdieron;
y estos, al ver sus errores,
él acudió al suicidio,
ella del pesar murió,
el padre el juicio perdió
y aquel Baron fué á un presidio.
Baron, si algun día vos
conoceis algun malvado
que á un matrimonio adorado
quiere separar, por Dios
aconsejadle que ceje
en sus tramas infernales,
que tema á los tribunales,
que en paz á los buenos deje;
porque hay padres que vigilan,
que van de la intriga en pos;
padres, que protege Dios;
padres, que al malo aniquilan.
Vaya, terminé mi historia,
continúe la funcion;
yo terminé mi mision,
aquí *paz* y despues *gloria*.

CAR. Yo la intriga he de seguir,
protegeré á esa familia.

JUAN. Al noble Baron, Emilia,
ha hecho mi historia sentir.
¡Oh! señor... ya sé que vos
sois un verdadero noble;
no teneis alma de roble;
sé cuánto amais á esos dos.
Mas nos llaman á comer,
destiérrese la agonía;
vamos, ¡viva la alegría!

¡si hoy un jóven pienso ser!
Señor Baron, adelante,
voy á estar hoy en mi centro.
Señores, vamos adentro,
ya vereis si soy galante:
vaya, empezad la partida:
Luis, Emilia, id á animarlos.
¡Buen Dios, déjame salvarlos
y despues *toma mi vida!!!*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala adornada lujosamente.

ESCENA PRIMERA.

LUIS.

Las dos de la tarde son;
no hay duda que he madrugado.
Antes al rayar el alba,
cuando trinaban los pájaros
abandonaba mi lecho
para gozar los encantos
de aquella calma apacible,
de aquel jardín encantado.
¿Y para qué abandoné
tanto bien? Por ser avaro,
no de caudal, pero sí
de posición y de rango.
¡Y todo lo perderé!...
Me encuentro abatido, malo;
abandoné mi destino,
y el ministro... pero leamos
los periódicos, así
podré ver si me distraigo.
El artículo de fondo...
siempre lo mismo; este párrafo...

¡Dios mio, en caricatura
estoy en este diario!...
Y dice así: «Este magnate,
este hombre eminente y sabio,
se crió en Villaviciosa,
allí á cazar le enseñaron;
por fin, es hombre muy digno
de vivir entre los álamos.»
¡Oh! no dejaré yo impune
tal infamia, tal sarcasmo.
Ya dos veces me he batido;
una herida en este brazo
me hicieron, y aun es preciso...

ESCENA II.

LUIS y D. CÁRLOS.

- LUIS. Oh, soy dichoso, don Cárlos;
pase usted: le necesito.
- CAR. Don Luis, ¿por qué está tan pálido?
- LUIS. Porque me han escarnecido;
quiero que al que esto ha insertado
rete usted á muerte al momento.
- CAR. Nunca debe un hombre honrado
batirse con un perdido.
- LUIS. No importa, quiero matarlo.
- CAR. No se batirá, lo sé;
no se acalore usted tanto;
aunque yo por esta casa
el venir mucho retardo,
no lo dude usted, don Luis,
yo sigo todos sus pasos,
espío á esos intrigantes,
ya su vida he averiguado...
y... confíe usted en mí;
ó deja de ser el blanco
de los tiros de esa gente
de corazon depravado,
ó juro por la honra mia
que ha de ser grande el escándalo.
Una quinta con usted

dicen que anoche ha jugado,
¿es cierto?

LUIS. Muy cierto.

CAR. Bueno.

LUIS. La quinta donde he dejado
á mis inocentes hijos.

CAR. Pues sepa usted... siento pasos.
Quién...

LUIS. El Baron, su hermana,
el Vizconde.

CAR. Seamos cautos,
no he de encontrarme con ellos.

LUIS. Salga usted por este cuarto;
tiene salida á la calle.

CAR. Allí quedaré esperándolos,
y luego... ya verá usted
armarse buen zafarrancho.
Ea, hasta luego; animarse,
adios, y venga un abrazo.

ESCENA III.

LUIS, ADELA, BARON y el VIZCONDE.

LUIS. Oh, finjamos todavía.
Adios, señores, me agrada
verlos.

ADELA. ¿Y Emilita?...

LUIS. Al punto la aviso.

ADELA. No molestarla,

otro rato volveremos.

No es razon por nuestra causa

que de sus ocupaciones

Emilita se distraiga.

¿Y está buena?

LUIS. No, señora,
está un poco delicada.

ADELA. No lo extraño, es tan sensible...

LUIS. Voy al momento á buscarla.

Siéntense ustedes, señores.

VIZC. Vaya pues...

LUIS. Á sus pies...

ADELA. Gracias.

ESCENA IV.

VIZCONDE, BARON y ADELA.

VIZC. Pues, señor, la intriga nuestra
cual locomotora marcha.
BAR. Y nuestra ruina tambien.
Ese don Cárlos no para
de ir indagando mi origen,
de ir destruyendo mi fama.
Director de un gran periódico
de muchísima importancia,
tiene influjo en las regiones
de toda la aristocracia...
y me temo...

VIZC. ¡Qué temer!...
No haga usted caso de nada.
¿No ha nacido usted en cueros?
Bien; ¿y vestido no se halla?
Pues si llega usted á encontrarse
mas pobre que una calandria,
quedará cual como vino
á aqueste valle de lágrimas,
y podrá decir: «He vuelto
feliz de nuevo á la infancia.»

BAR. Hombre, le envidio á usted el genio.

ADELA. Llegan Luis y Emilia, calla.

ESCENA V.

DICHOS, EMILIA y LUIS.

ADELA. Querida mia.

EMIL. Señora...

ADELA. ¿Cómo has dicho?

EMIL. Yo no sé.

ADELA. ¿Tienes mal humor?

EMIL. Si, á fé.

ADELA. ¿Qué te atormenta y devora?

EMIL. Solas hemos de quedar

á la que como una hermana
te miraba siempre á tí,
para que luego cual fiera,
cual venenoso reptil
su existencia emponzoñaras?
¡Oh! tú me has hecho sufrir
los tormentos del infierno
con esa astucia sutil.

Me hiciste desconfiar
de mi esposo, de mi Luis;
me hiciste gastar en bailes
mas oro del que adquirí;
luego atentaste á mi honra;
no me lo niegues, tú, sí,
escribistes un papel
que supiste introducir
cautamente en mi bolsillo;
papel que decia así,
tú lo sabes como yo:
«Á las dos en el jardín.»
Este papel mi marido
lo leyó, ¡triste de mí!...
y siendo inocente y pura
por tí tengo que sufrir
la culpa que mi Luis injusto
ha arrojado sobre mí.

ADELA. Esa acusacion indigna
la rechazo. ¿Cuándo, dí,
he podido cometer
contigo traicion tan ruin?

EMIL. Cuando tú misma, traidora,
me quisiste conducir
á tu tocador, ¿te acuerdas?
la maldad hiciste allí.

ADELA. Hija, comprendo tu estado
y no te quiero afligir.
La ruina de tu marido
y la discordia civil
que otros aqui introdujeron
sin duda te han puesto así:
cuida tu cerebro enfermo:
no te dejes conducir

por lo que hoy él te aconseja;
puede darte que sentir
el seguir otra conducta.

Yo jamás volveré aquí
hasta que perdon me pidas
por lo que osaste decir
á la que siempre ha sentido
noble cariño hácia tí.

(Llamando.)

Baron, aquí se dirige.

ESCENA VII.

DICHOS, el BARON, VIZCONDE y D. LUIS.

ADELA. Beso á usted la mano, Luis.
Cuide usted á su mujer,
que acaba de darme aquí
un mal rato. Yo he notado
que ahora ha empezado á sufrir
enagenacion mental.

VIZC. ¡Cómo, loca!!

EMIL. ¡Creo que sí!

BAR. (Á Luis.)

Pues que todo lo ha perdido,
resignacion y á vivir.

ADELA. Emilia, adios, cuidate.

BAR. Yo volveré por aquí;
no ahando la desgracia;
y si la puedo servir (Á Adela.)
en algo, pronto me encuentro.
Servidor de usted, don Luis.

ESCENA VIII.

D. LUIS y EMILIA, á la puerta de su habitacion.

LUIS. Ya está la obra consumada;
ya nada tengo ni espero.

EMIL. Desde aquí escucharle quiero.

LUIS. Solo me dejó, me agrada;
pues que ninguno me mira

aquí podré sollozar
y aquí me podré arrancar
el corazón que suspira.
¿Adónde tengo mi hacienda?
¿Adónde tengo mi honor?
¿Nadie ya me tiene amor?...
No hay un ser que me comprenda:
en dos periódicos fui
atrozmente calumniado;
en ellos se me ha insultado,
por eso ayer me batí.
Todos de mi lado huirán
por mis errores prolijos,
y hasta mis queridos hijos
pronto me maldecirán.
¿Qué soy en el mundo? Nada:
todo, todo lo he perdido;
mis rentas he consumido;
mi vida es carga pesada.
Pero aun con fuerza me veo;
todo no lo perdí yo;
aun puedo elevarme; ¡oh!
aun tengo mi digno empleo...
ascenderé... y... ¿Quién vendrá?
CRIADO. Este pliego para usted.
LUIS. Dáme: véte. Leeré;
no sé por qué tiemblo... ¡Ah!
¡Destituido!! ¡Á sufrir
hoy el cielo me condena!
¿Yá qué me queda? La pena
de padecer y vivir.
¿Nadie me tiende la mano
en suerte tan angustiosa?
¿No hay un alma generosa
que llegue hasta mí?

ESCENA IX.

LUIS y D. JUAN.

JUAN.

Un anciano.

LUIS.

¡Ay, padre del alma mía!

no os acerqueis al malvado
que todo lo ha devorado
en la crapulosa orgia;
era mentira el favor
y mentira mi opulencia,
y mentira mi influencia
y mentira mi esplendor.
Los amigos me arruinaron
y á mi mujer ofendieron;
lazos viles nos tendieron
hasta que nos separaron.
Y en mi loco desvario
que diga ya justo es,
arrojado á vuestros pies,
¡perdon, perdon, padre mio!!

JUAN. «Habia en un lugarcito
un pastor muy enfatuado,
porque guiaba un ganado
que obedecia á su grito.
Cuando en la cumbre del monte
él contemplaba su grey,
se imaginaba ser rey
de aquel inmenso horizonte.»
Creo que recordarás
todo el cuento que escuchaste;
como el pastor tú mandaste,
como él estrellado estás.

LUIS. Reconozco mis errores,
ya no los puedo enmendar,
mas los comienzo á expiar
sufriendo acerbos dolores.
Yo tenia un paraíso
y al infierno me lancé,
la voz de un padre escuché
que del mal librarme quiso,
pero yo la desprecié;
me eché en brazos de la orgía,
insulté á la esposa mia
y á un abismo la arrojé.
Perdí mi hacienda, mi honor,
de mis hijos patrimonio,
guiado por el demonio

fuí de un error á otro error;
y pues á usted desprecié
y á mis hijos he olvidado,
yo soy un tigre, un malvado,
pues que á mis hijos robé.
Sí, su padre es su ladron,
su verdugo, su tirano.
¡Dios del cielo soherano,
merezco tu maldicion!!

JUAN. Muy merecida la tienes,
mas clemente Dios ha sido;
y es con el arrepentido,
y tú arrepentido vienes;
sí por tu mente exaltada
tu conducta ha sido vil,
no importa, vuelve al redil,
pobre oveja extraviada.
Entre ardientes arenales
sentiste abrasado el pié;
pero yo, al fin, te saqué
del volcan y de breñales.
Aún eres del bien capaz,
y aunque pobres viviremos,
en nuestro eden gozaremos
esta inmensa dicha, paz.
No salgas, pues darte quiso
tan bello eden el Eterno:
en Madrid está tu infierno,
aquí está tu paraíso.
Esto te dije, y ahora
conmovido te diré:
á tu verjel vuélvete
y tu mal pasado llora;
del infierno al punto sal,
y pues Dios así lo quiso,
disfruta en tu paraíso
la ventura celestial.

LUIS. ¡Padre!!

JUAN. ¿Qué decirme quieres,
que te encuentras alterado?

LUIS. Padre, todo lo he jugado.

ESCENA X.

DICHOS y EMILIA.

EMIL. ¡Infame!

LUIS. ¡Dios!

JUAN. ¿Qué profieres?
¿Esa quinta donde estan
tus hijos, jugaste?

LUIS. Si.

JUAN. ¡Oh, maldicion sobre tí!

EMIL. ¿Mis hijos dónde estarán?
¡Mis hijos!!...

JUAN. ¡Quién hace caso
de los hijos!! Desatino...
Confiarlos al destino,
que duerman á campo raso.
¡Los hijos... acaso ya
los habrán de allí arrojado!
¡Eh! ¿Qué importa? Habrán llorado
ó se habrán muerto quizá...

EMIL. y LUIS. ¡Padre!

JUAN. ¡Qué dulce consuelo!...
si han muerto por sus dolores
pagaron vuestros errores;
pero estarán en el cielo.
Padre sin Dios ni conciencia
que á tus hijos despojaste,
y ni aun su hogar respetaste,
tiembla de Dios la sentencia.
Próximo está tu castigo;
terrible fin á las dos...
hoy, Luis, te maldice Dios,
y yo tambien te maldigo!...
Pero no, no puedo, al ver
en su rostro la agonía
trizas se hace el alma mía;
no puedo mas padecer.
Levanta tu maldicion,
Señor, cual yo la levanto;
rodéale con tu manto

de dulce consolacion.
Y pues su fatal destino
al precipicio le lanza,
dále un rayo de esperanza,
guíale por buen camino,
y que aunque pobres los dos
con sus tiernos hijos vivan,
que la proteccion reciban
de su omnipotente Dios.

EMIL. Y yo aunque justo es mi encono...
le perdono, padre mio;
quiera perdonarle pio
el Señor desde su trono.
Pero á mi madre ultrajó,
adúltera me ha creído,
á mis hijos ha perdido...
¿cómo vivir juntos?... no.

JUAN.

¿Qué dices?

LUIS.

Tampoco puedo
vivir de mi esposa al lado,
para todos fuí malvado
y á mi desventura cedo.
Á América partiré
á rehacer mi fortuna,
y si no encuentro ninguna...
entonces, no volveré.

JUAN.

Para mayor perdicion
y delito mas infando,
los dos estareis penando
en vuestra separacion.
Á América tambien fué
con sus hijos mi consorte,
y navegando hácia el Norte
por lo que yo me informé,
supe que mis hijos... ¡Ah!...
hambre y trabajos sufrieron,
y no sé si perecieron...
separarse... ¡bien está!

ESCENA XI.

Los MISMOS y BEATRIZ, y detrás de ella los dos NIÑOS.

BEAT. Déjenme ustedes pasar. (Dentro.)

JUAN. La voz de Beatriz.

EMIL. ¡Dios bueno!..

BEAT. Oh, aqui estan.

TODOS. ¿Qué sucede?

LUIS y EMIL. Nuestros hijos...

(Abrazándolos y besándolos)

BEAT. ¡Ay!... primero

déjenme ustedes por Dios
que pueda tomar aliento.

EMIL. ¿Pero qué ha pasado?

JUAN y LUIS. ¿Di?

BEAT. Estando los hijos vuestros
antes de rayar al alba
disfrutando dulce sueño,
llegaron gentes, y estas,
presentándonos un pliego,
nos arrojaron de casa
como si leprosos fuéramos.
No sabiendo dónde irnos,
amargo llanto vertiendo,
saqué los niños, y al campo
nos encaminamos luego;
á Madrid nos dirigimos,
pero ¡ay Dios! á poco tiempo
los dos niños se cansaron;
entonces un pobre ciego,
inválido y jóven, dijo
que iba á Madrid, y al momento
tomó los niños en brazos
y exclamó de afliccion lleno:
de mi padre abandonado
como vosotros me veo;
voy á Madrid á buscarle:
Dios omnipotente y bueno
puede en un mismo camino
unir á los pobres huérfanos.

Y en fin, dijo... ¡ay, mi señor!...
ese ciego... es hijo vuestro...

Me acompañó hasta las puertas
de Madrid y volvió luego

á vuestra quinta. No quiso
llegar de andrajos cubierto
á vuestra casa, y me ha dado
esta carta que os entrego.

JUAN.

Mi Luis, amada hija mia,
acercaos y estremeceos.

Mis hijos abandoné,
abandonasteis los vuestros;

me separé de mi esposa,
vosotros ibais á hacerlo,

y los hijos de los dos
sin duda Dios justiciero

hizo al fin que se juntasen
en un mismo sitio. ¡Veo

la divina Providencia!...
Con religioso respeto

esta carta de tu madre
lee, hija mia. Escuchemos.

EMIL.

«Hija mia, cuando leas
esta carta, que espirando

dicta tu madre y llorando,
no exclames, maldita sea.

Yo amaba con frenesí
á tu padre, mi marido,

y mientras que fiel le he sido
la mas venturosa fui.

Él con su afan de brillar
me llevó á Madrid un dia;

desde entonces, hija mia,
me empezaron á engañar.

Me hicieron ver que tu padre
á otra consagró su amor,

y en su celoso furor
se hizo adúltera tu madre.

Nos separamos, y yo
á mis dos hijos conmigo

traje á América: el castigo
de mi falta á ellos llegó.

El menor murió en mis brazos
de necesidad un día;
al recordarlo, hija mía,
se me hace el pecho pedazos.
El mayor por ampararme
se vendió como soldado:
cuando le ví uniformado
quise en mi afliccion matarme.
Pero aun no expié mi error:
mi hijo entró en batalla, y luego
de una herida quedó ciego...
¡Ay hijo de mi dolor!
Contemplá cuánto he sufrido;
sírivate, pues, hija mía,
por ejemplo mi agonía,
honra siempre á tu marido.
Bajo el techo criminal
están la infamia, el tormento,
el atroz remordimiento...
la maldición celestial...

Honra á tu esposo y tu padre...
Adios... se extingue mi vida...
¡Ay, perdona, hija querida,
á tu moribunda madre!»

JUAN.

Suba hasta el trono de Dios
el perdon que yo te envío.
Emilia, amado hijo mio,
sirva ese ejemplo á los dos.
¿Quereis ya separacion?

EMIL.

Jamás nos separaremos.

LUIS.

Para ellos trabajaremos. (Por los niños.)
Emilia... olvido...

EMIL.

Y perdon.

LUIS.

Ya no habrá flores de lis:
aun la quinta de mi padre
perdí, por mal que me cuadre.

ESCENA XII.

LOS MISMOS, CÁRLOS.

CAR.

La quinta es de usted, don Luis.

- LUIS. ¿Cómo?
EMIL. ¿Qué dice?
CAR. Señores,
ya mi astucia ha confundido
á los que os han desunido.
Tomad, cesen los errores:
(Dándole un pliego cerrado y una carta.)
firmado por el Baron.
Yo su origen descubrí;
iba á perderle al momento,
mas de él este documento
sobre todo preferí.
Declara aqui que os vendió,
á humillarse se resuelve,
cuanto os usurpara os vuelve,
diz que á Emilia calumnió.
- LUIS. Basta: falté en mi inquietud:
si asi faltas se redimen,
contemplad postrado el crimen
á los pies de la virtud.
- EMIL. No mas bien de tí reclamo:
cuando asi culpas redimen
la virtud perdona al crimen:
alza, Luis: perdono y te amo.
- CAR. Pues cumplí, miras de honor
me hacen marchar.
- LUIS. ¿Por qué ahora?
CAR. Es muy bella esa señora,
y el vulgo murmurador...
- JUAN. Pues á pedirle me atrevo
los brazos.
- CAR. ¿Quién dudar piensa?
Adios...
- LUIS. Vais sin recompensa...
CAR. En mi corazon la llevo.
(Colocándose entre Emilia y Luis.)
De la aurora á los albores
esta córte abandonad,
no existe felicidad
mas que viviendo entre flores.
Esencia del Criador
ellas guardan en su seno,

si el hombre os brinda el veneno
 id en busca de la flor.
 Yo que con el alma os quiero,
 pues la ventura os volví,
 os dejo, cumpliendo así
 como honrado caballero.
 Marchad uno de otro en pos
 á gozar dicha y solaz,
 que es la doméstica paz
 el bien mas grande de Dios. (Vásc.)

JUAN.

Ahora sin vacilar
 vámonos al blando lecho,
 que está de azucenas hecho;
 vamos su aroma á aspirar.
 Y allí, á pesar de mis años,
 una obrita escribiré,
 do á mis nietos pintaré
 del mundo los desengaños.
 Hijos, venid y abrazaos...
 Ahuyéntese vuestra pena;
 mirad qué dulce cadena;
 ángeles, regocijaos.
 Paz y virtudes en pos
 de la vida transitoria
 abren al mortal la gloria
 por mano del mismo Dios.
 (Colocándose en medio de los niños.)
Reza para ser *rezados*;
temed para ser *temidos*;
quered para ser *queridos*;
 y *honrad* para ser *honrados*.
 No mas desvelos prolijos:
 adquirid la paz del alma,
 y de esa bendita calma
 luego gocen vuestros hijos.
 Vuestras esposas sean madres
 dignas, y así os honrarán,
 y en sus hijos no caerán
los pecados de los padres.

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado esta drama no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada.

Madrid 10 de Marzo de 1860.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

ra de la Finojosa.
 l valle.
 os de Madrid.
 je y pasión.
 a de la cadena.
 exótica.
 a y los halcones.
 res.
 id y el amor.
 martes!!
 id de un bandido, ter-
 te de Diego Corrientes.
 a de Covadonga.
 a de la esperanza.
 de la familia.
 osa.
 pro quos.
 a del zapatero.
 semilla.
 del pecado.
 a del zapatero.
 dos.
 esia del vicio.
 el gallo.
 a de Murillo.
 e leon.
 na de la Almudaina.
 mortuoria.
 y el babilonio.
 os del Riff.
 os de los Padres.
 cs.
 o.
 abarilú.
 ido y pocas nueces.
 rrbano.
 a 1818.
 s.
 laria.
 dulces.
 ni sobrina.
 tancó.
 sc entiendo, ó un hom-
 lo.
 ontra nobleza.

No es oro todo lo que reluce.
 Nuevo método de buscar marido.
 Olimpia.
 Ocho mil doscientas mujeres por
 dos cuartos.
 Paco y Manuela.
 Pescar á rio revuelto.
 Por ella y por él.
 Por una hija!...
 Propósito de enmienda.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es b. Dinero.
 Pelayo.
 Pecados veniales.
 Quien mucho abarca.
 ¡Qué suerte fa mía!
 Quién viv !!
 ¿Quién es el autor?
 Quien mal anda mal acaba.
 ¿Quién es el padre?
 Rival y amigo.
 ¡Rico. de amor!
 Reo y juez.
 Su imágen
 Similia similibus curantur, ó un
 clavo saca otro clavo.
 San Isidro (*Patron de Madrid*.)
 Sueños de amor y ambicion.
 Sin prueba plena.
 Se salvo el honor.
 ¡Solo en el mundo!!
 Santo y pecana.
 ¡Santiago y á ellos!

Tales padres, tales hijos
 Traidor, inconfeso y martir.
 Trabajar por cuenta ajena.
 Todos unos.
 Tres damas para un galan.

Un amor á la moda.

Una conjuración femenina.
 Un dómite como hay pocos.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huesped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Un par de guantes.
 Una rafaga.
 Uno de tantos.
 Una noche en Trifueque.
 Un marido en suerte.
 Una leccion reservada.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 Un día de prueba.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una leccion de corte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero.
 Una broma de Quevedo.
 Un si y un no.
 Una Virgen de Murillo.
 Una aventura de Tirso.
 Una lágrima y un beso.
 Una leccion de mundo.
 Una mujer de historia.
 Un señor de horca y cuchillo.
 Una equivocacion.
 Un retrato a quema ropa.
 Un cuerdo loco y un loco cuerdo
 Un verso de Virgilio.

Vanidad y pobreza.
 Ver y no ver.
 Verdades amargas

Zamerrilla, ó los bandidos de
 Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

r Medoro.
 buena ley.
 sica.)
 onti.)
 is feo.
 ches, vecino.
 i aventurero.
 la Gitana.
 Marte.
 D. Juan.
 orcaron á Quevedo.
 a ver.
 lora.
 anto, ó el Alcalde pro-
 ndo.
 no.
 de una ópera.
 te.
 o y la maja.
 de.
 del hortelano.
 ro de un difunto.
 o.
 (drama lirico).
 ó azul.
 e carnaval.
 e de la Rioja (*Música*).
 á escape.

Elnovio pasado por agna. (*Mús.*)
 El diablo en el poder.
 El esclavo.
 El relámpago.
 El Vizconde de Letorieres.
 El capitán español.
 El último mono.
 El leon en la ratonera.
 El Zuayo.
 El diablo las carga.
 Farinelli.
 Guerra á muerte.
 Giralda.
 Juan Lanas.
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el snegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (*Música*.)
 Los dos Flamantes.
 La vergonzosa en palacio
 La Dama del Rey.
 La Colegiala.
 La espada de Bernardo.
 La cacería real.
 Los conspiradores.
 La modista.
 La Toma de Tetuan.
 La buerfana.

La Jardinera.
 La hija de la Providencia.
 La Roca negra.
 Los jardines del Buen Retiro.
 Loco de amor y en la corte.
 Los diamantes de la Corona.
 La pensionista.
 La guerra de lossombreros.
 La venta encantada.
 La loca de amor, ó las prisio-
 nes de Edimburgo.

Mateo y Matea.
 Mentir á tiempo. (*Música*.)
 Marina.
 Morro. (*Música*.)
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por conquista.
 ¡Quien manda, manda!
 Simon y Judas.
 Tres madres para una hija.
 Tres para una
 Un sobrino.
 Un día de reinado.
 Un pleito.
 Un cocinero.
 Una guerra de familia.
 Un Zapatero.
 Un primo.

ccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
 undio de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Albacete.....	Perez.	Mahon.....	Vinent.
Alcoy.....	Martí.	Málaga.....	Taboadela.
Algeciras.....	Almenara.	Idem.....	Cañavate.
Alicante.....	Ibarra.	Mataró.....	Abadal.
Almería.....	Alvarez.	Murcia.....	Hered.de Andrión.
Avila.....	Palomares.	Orense.....	Robles.
Badajoz.....	Rino.	Orihuela.....	Berruezo.
Barcelona.....	Hered. ^a de Mayol.	Osuna.....	Montero.
Idem.....	Cerdá.	Oviedo.....	Mántaras.
Bejar.....	Coron.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Bilbao.....	Astuy.	Palma.....	Gelabert.
Burgos.....	Hervias.	Pamplona.....	Barrena.
Cáceres.....	Valiente.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cádiz.....	V. de Moraleda.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Reus.....	Prins.
Castellón.....	Perales.	Ronda.....	Gutierrez.
Ceuta.....	Molina.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Real....	Arellano.	San Fernando...	Meneses.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.	Sanlúcar.....	Esper.
Córdoba.....	Lozano.	Santa Cruz de Te-	
Coruña.....	García Alvarez.	nerife.....	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Laparte.
Ecija.....	García.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijón.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Pujol.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	Mestre.	Valencia.....	Moles.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Galindo.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	C. Treviño.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
Lucena.....	Cabeza.	Zaragoza.....	V. de Heredia.

